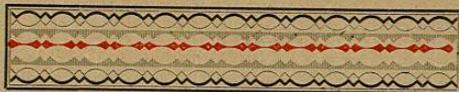


Hechas estas ligeras observaciones para dar completa razon de mi obra, y deseando que ésta ceda en gloria del Sacratísimo Corazon, en honra de la B. Margarita María y en bien de mi amada patria, voy á permitirme hacer una súplica. Todos sabemos aquella inefable promesa del Divino Corazon: «Reinaré en España, y con más veneracion que en otras partes,» y todos deseamos que se inaugure pronto ese reinado, para vernos libres de tantas calamidades como nos rodean. Ninguna ocasion hay más oportuna que la presente para obtener esa gracia: este mismo año se hace al Corazon de Jesus la ofrenda más pura y agradable á sus ojos, la ofrenda de la inocencia en la Consagracion de los niños: por medio del libro que pongo en las manos del lector, podemos hacer nosotros la ofrenda de la penitencia, pues nada se nos inculca en él tanto como el horror al pecado y el amor al sacrificio. Leámosle, pues, meditémosle, empapémonos bien en esos sentimientos, y preparados así, pidamos á la B. Margarita que se digne ella misma presentar esas dos ofrendas al Divino Corazon, y hacémosle propicio para que more Él en nosotros y nosotros en Él, en lo cual consiste su reinado.



I

FAVORES CON QUE MARGARITA MARÍA
FUÉ PREVENIDA POR JESUS
EN SUS PRIMEROS AÑOS



I

POR sólo vuestro amor, es por lo que me someto á la obediencia de escribir esto, pidiéndoos perdón de mi resistencia á ejecutarlo. Pero como nadie conoce, sino vos, la grandeza de la repugnancia que siento al hacerlo, nadie puede, sino vos solo, darme fuerza para vencerla. Recibo esta obediencia como de parte vuestra, cual si quisierais castigar así el exceso de mi gozo y de las precauciones, que habia tomado para

seguir la grande inclinacion, que siempre tuve, de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. Porque, cuando ya habia obtenido las promesas de las personas que, á mi parecer, podian contribuir á esto, y habia quemado cuanto por obediencia escribí, es decir, lo que habian dejado en mi poder, me fué comunicado este mandato. Soberano Bien mio, haced que nada escriba, sino lo que haya de ser para vuestra mayor gloria y mi mayor confusion.

Único amor mio, ¡cuánto os debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyéndoos dueño y posesor de mi corazón, aunque conociais bien la resistencia que habia de hacerlos!

No bien tuve conciencia de mi misma, hicisteis ver á mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazón un horror tal, que la más leve mancha me era tormento insoportable; y para

refrenar la vivacidad de mi infancia, bastaba decirme que era ofensa de Dios; con esto contenian mi ligereza y me retraian de lo que ansiaba ejecutar.

Sin saber lo que hacia, me sentia continuamente impulsada á decir estas palabras: «Dios mio, os consagro mi pureza y hago voto de perpetua castidad.» Un día las dije entre las dos elevaciones de la santa Misa, que de ordinario oia con las rodillas desnudas en tierra, por frio que hiciese. No comprendia lo que habia hecho, ni lo que queria decir la palabra *voto*, ni tampoco esta otra, *castidad*. Toda mi tendencia era ocultarme en algun bosque, y nada me detenia sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio.

La Santísima Virgen tuvo siempre grandísimo cuidado de mí: yo recurria á ella en todas mis necesidades y me salvaba de grandísimos peligros. No osaba dirigirme á su divino Hijo de modo alguno, sino siempre á ella, á la

cual ofrecia el rosario hincadas las rodillas desnudas en tierra, ó haciendo tantas genuflexiones y besando tantas veces el suelo, cuantas Ave Marías rezaba.

Perdí á mi padre niña aún; y como era la única hija, y mi madre, encargada de la tutela de sus cinco hijos, paraba muy poco en casa, me crié por este motivo hasta la edad de unos ocho años y medio sin más educacion que la de los domésticos y campesinos.

Me llevaron á una casa religiosa, donde me prepararon á la primera comunión cuando tenia unos nueve años, y esta comunión derramó para mí tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no podía ya hallar gusto en ninguno, aunque los buscase con ansia, pues al punto que queria tomar parte en ellos con mis compañeras, sentia siempre algo que me separaba de allí y me impelia hacia algun rinconcito, sin dejarme reposar

hasta que lo hubiese ejecutado. Allí me precisaba á ponerme en oración, pero casi siempre postrada ó con las rodillas desnudas en el suelo, ó haciendo genuflexiones con tal que no me vieran, pues sufría un extraño tormento cuando así me encontraban.

Tenia vivas ansias de hacer todo lo que veia practicar á las religiosas, considerándolas á todas como santas, y pensando que, si fuese religiosa, llegaría á ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan grande ansia de serlo, que á esto sólo aspiraba. Aunque no eran, á mi parecer, de bastante retiro para mí, como no conocia otras, juzgaba que debia quedarme en su convento.

Pero caí en un estado de enfermedad tan deplorable, que pasé como unos cuatro años sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por esta causa no me dejaron allí más que dos años. No pudo hallar-

se, en definitiva, otro remedio á mis males, que el de consagrarme con voto á la Santísima Vírgen, prometiéndole que, si me curaba, seria un día una de sus hijas. Apénas se hizo este voto, recibí la salud acompañada de una nueva proteccion de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazón que, mirándome como suya, me gobernaba como consagrada á ella, me reprendia mis faltas y me enseñaba á hacer la voluntad de Dios. Me sucedió una vez, que estando rezando el rosario sentada, se me presentó delante y me dió tal reprension, que aunque era aún muy niña, jamas se ha borrado de mi mente. «Hija mia, me admiro de »que me sirvas con tanta negligencia.» Tal impresion dejaron estas palabras en mi alma, que me han servido de aviso para toda mi vida.

Recobrada la salud, no pensé ya sino en buscar mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado

el cumplimiento de mi promesa. Mas, ¡oh Dios mio! no pensaba entónces lo que despues me habeis hecho conocer y experimentar, y es que, habiéndome engendrado con tantos dolores vuestro Corazon en el Calvario, no podia sostener la vida, que me habiais concedido, sino con el alimento de la Cruz, que seria mi manjar delicioso. He aquí cómo pasó. Apénas comencé á gozar de plena salud, me fuí tras la vanidad y el afecto de las criaturas, halagándome el que la condescendiente ternura que por mí sentian mi madre y mis hermanos, me dejase en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar á ellas todo el tiempo que deseara. Pero bien me hicisteis conocer, Dios mio, que andaba muy errada en mis cálculos, pues los habia hecho segun mi propension, naturalmente inclinada al placer; mas no segun vuestros designios tan diferentes de los mios.

Mi madre se habia despojado de su

autoridad en casa para trasmitirla á otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos ni ella, ni yo en más dura cautividad. No es mi ánimo ofender á esas personas en cuanto voy á referir, ni creer que obrasen mal haciéndome padecer (libreme Dios de tal pensamiento), sino solamente mirarlas como instrumentos, de que se valia el Señor para cumplir su santa voluntad. No teníamos, pues, autoridad alguna en casa, ni osábamos hacer nada sin permiso. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave, de tal modo, que con frecuencia ni aún hallaba con qué vestirme para ir á Misa, si no pedía prestados cofia y hábito. Entónces fué cuando comencé á sentir mi cautiverio, en el cual tan adentro penetré, que nada hacia, ni aún salía de casa, sin el permiso de tres personas.

Desde este tiempo todos mis afectos se dirigieron á buscar mi completa dicha y consolacion en el Santísimo Sa-

cramento del altar. Pero hallándome en un pueblo distante de la iglesia, no podía ir á ella sin el permiso de esas personas, y acontecia, que cuando quería una, la otra me negaba su permiso; y muchas veces, cuando demostraba mi dolor con el llanto, me echaban en cara, que era porque habria dado cita á algunos jóvenes y sentia mucho no poder ir á su encuentro, bajo el pretexto de oir Misa, ó ir á la bendicion del Santísimo. ¡Y yo, que tenia en mi corazon un horror tan grande á todo esto, que hubiera consentido ver desgarrar mi cuerpo en mil pedazos ántes de abrigar tal pensamiento! Esta fué la época en que, no sabiendo dónde refugiarme, sino á un ángulo del jardin, ó del establo ú otro lugar secreto, en el cual pudiera arrodillarme y derramar los afectos de mi alma con mis lágrimas en la presencia de Dios, por medio de la Santísima Virgen, mi buena Madre, en la que habia puesto toda mi

confianza, permanecía allí días enteros sin comer ni beber. Esto era lo ordinario; á veces algunas pobres gentes del pueblo me daban por compasion un poco de leche ó fruta hacia la tarde. Despues, cuando volvía á casa, era tal mi miedo y temblor, que me parecia ser una pobre criminal, caminando á oír su sentencia; y ántes que vivir así, me hubiera tenido por más dichosa yendo á mendigar un pedazo de pan, pues con frecuencia no osaba tomarlo de la mesa. En el momento en que entraba, comenzaba la batería con mayor fuerza, diciéndome que no había tenido cuidado del arreglo de la casa y de los niños de aquellas amadas bienhechoras de mi alma; y sin permitirme hablar una sola palabra, me ponía á trabajar con los criados. Despues de esto, pasaba las noches, como había pasado el dia, vertiendo lágrimas á los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó, sin que yo comprendiese nada,

que quería ser el dueño absoluto de mi corazon y hacerme en un todo conforme á su vida dolorosa, y á este fin quería constituirse Maestro mio, haciéndose presente á mi alma para obligarme á obrar como Él en medio de sus crueles dolores, dándome á conocer que los había sufrido por mi amor.

Quedó desde entónces tan impresionada mi alma, que desearía no cesasen ni por un momento mis penas. Porque despues le tenía siempre presente bajo la forma de un Crucifijo ó de un Ecce-homo llevando su cruz, lo cual imprimía en mí tal compasion y amor de los sufrimientos, que todas mis penas me parecían ligeras comparadas con el deseo, que sentía de sufrirlas para conformarme con mi Jesus paciente. Y me affigia al ver que aquellas manos que se levantaban á veces para herirme, estaban detenidas y no descargaban sobre mí todo su rigor. Me sentía continuamente impulsada á prestar toda

clase de servicios y obsequios á estas personas, verdaderas amigas de mi alma, y á sacrificarme por ellas gustosa, no teniendo placer mayor que hacerles bien y hablar de ellas todo lo mejor que podia. Pero no era yo, quien hacia todo lo que escribo, y escribiré bien á mi pesar, sino mi soberano Maestro, que se habia apoderado de mi voluntad y no me permitia quejarme, ni murmurar, ni tener resentimiento con esas personas, ni aún tolerar que me tuvieran lástima y compasion, diciéndome que Él habia obrado así, y queria que, cuando no pudiese impedir me hablasen de esto, les diese toda la razon y echase sobre mí toda la culpa, añadiendo, como era verdad, que mis pecados merecian otros muchos castigos.

Mas en la extrema violencia, que necesito hacerme para escribir esto, que habia siempre tenido oculto con tanto cuidado y precaucion para lo porvenir,

áun procurando no conservar idea alguna en mi memoria para dejarlo todo en la de mi buen Maestro, le dí mis quejas por la grande repugnancia, que sentia; pero Él, fijando mi atencion, me dijo: «Prosigue, hija mia, prosigue, »que ello ha de ser, ni más, ni ménos, »á pesar de todas tus repugnancias; es »necesario que mi voluntad se cum- »pla.—Mas, ¡ay de mí, Dios mio! »¿cómo he de acordarme de lo que »pasó hace ya cerca de veinticinco »años?—¿No sabes que soy la memo- »ria eterna de mi Padre celestial, que »jamás olvida cosa alguna, y ante la »cual lo pasado y lo futuro son como »el presente? Escribe, pues, sin temor »todo, segun te lo dictare, que te pro- »meto derramar en lo que escribas la »uncion de mi gracia, á fin de ser por »este medio glorificado.

»Primeramente quiero esto de ti, »para hacerte ver que me gozo inutili- »zando todas las precauciones, que te

»dejé tomar para ocultar la profusion
 »de las gracias, con las cuales tuve el
 »gusto de enriquecer á una tan pobre
 »y débil criatura como tú, cuyo recuer-
 »do jamás debes perder, á fin de ren-
 »dirme por ello continuas gracias.

»En segundo lugar, para enseñarte
 »que no te debes apropiiar esas gracias,
 »ni ser mezquina en distribuirlas á los
 »demás, ya que he querido servirme
 »de tu corazon, como de un canal, con
 »el fin de repartirlas, segun mis desig-
 »nios, en las almas, muchas de las cua-
 »les serán retiradas por este medio del
 »abismo de perdicion, como te haré
 »ver en adelante.

»Y en tercer lugar, para hacer ver
 »que soy la Verdad eterna, que no
 »puede mentir; que soy fiel á mis pro-
 »mesas, y que las gracias, que te hice,
 »pueden resistir todo género de exá-
 »menes y de pruebas.»

Despues de estas palabras me hallé
 tan fortalecida, que no obstante mi

gran pena de que se lea este escrito,
 me resolví á continuar á toda costa,
 para cumplir la voluntad de mi Sobe-
 rano Maestro.

La más áspera de mis cruces era el
 no poder suavizar las de mi madre,
 para mí cien veces más duras de so-
 portar que las propias, si bien no le
 daba el consuelo de hablarme de ellas,
 temiendo ofender á Dios con el placer
 de comunicarnos nuestros sufrimien-
 tos. Pero en sus enfermedades era
 cuando mi dolor llegaba al extremo;
 porque entregada por completo á mis
 pobres cuidados y servicios, sufría mu-
 cho, tanto más, cuanto que á veces se
 hallaba todo cerrado con llave, y me
 era preciso ir á mendigar hasta los hue-
 vos y otras cosas necesarias á los en-
 fermos. No era esto pequeña afliccion
 para mi natural tímido, áun pidiéndolo
 en casas de campesinos, pues me de-
 cian no pocas veces, más de lo que hu-
 biera deseado

En una erisipela, que tuvo en la cabeza, de una hinchazon, inflamacion y dureza horribles, que la ponía á las puertas de la muerte, se contentaron con hacerla sangrar por un pobre cirujano de pueblo, que por allí pasaba, el cual me dijo que sin milagro no podría vivir. Nadie se afligió ni se molestó por esto, á no ser yo, que no sabía dónde acudir, ni á quién dirigirme, sino á mi asilo ordinario, la Santísima Virgen y mi soberano Maestro.

En las angustias en que continuamente me hallaba sumergida, en medio de las cuales no recibía sino burlas, injurias y acusaciones, no sabía dónde refugiarme. Habiendo, pues, ido á Misa el día de la Circuncision de Nuestro Señor, para pedirle que se dignase ser Él mismo el médico y el remedio de mi pobre madre, y enseñarme á mí lo que debía hacer, lo ejecutó con tanta misericordia, que á mi vuelta encontré reventada la mejilla con una llaga casi

tan ancha como la palma de la mano, la cual despedía un hedor insoportable, y nadie quería acercarse á la enferma. No sabía yo curar llagas, y ántes ni aún podía verlas ni tocarlas; para esta no tenía más unguento que el de la divina Providencia, y todos los días cortaba mucha carne podrida. Me sentí con tal valor y confianza en la bondad de mi Soberano, el cual parecía hallarse siempre presente, que al fin en pocos días se curó, contra toda humana esperanza.

Durante todo el tiempo de sus enfermedades, ni me acostaba ni apenas dormía; comía muy poco y pasaba las noches frecuentemente sin tomar alimento. Pero mi divino Maestro me consolaba, y sustentaba con una conformidad perfecta con su voluntad santísima. No dirigiéndome sino á Él en todo cuanto me pasaba, le decía: «Mi soberano Maestro: si Vos no lo quisierais, no sucedería esto; pero os doy

»gracias de haberlo permitido para »hacerme semejante á Vos.» En medio de todas estas cosas, me sentia atraida tan fuertemente á la oracion, que me atormentaba mucho el no saber, ni hallarme en disposicion de aprender cómo habia de hacerla, no teniendo trato ni conversacion alguna con personas espirituales, y no sabiendo de ella otra cosa más que esta palabra, *oracion*, que me arrebatava el alma. Mas habiéndome dirigido á mi soberano Maestro, me enseñó cómo queria que la hiciese, y me ha servido para toda mi vida. Me hacia postrar humildemente en su presencia para pedirle perdon de cuanto le habia ofendido, y luego, despues de haberle adorado, le ofrecia mi oracion sin saber aún sobre qué habia de hacerla. Entónces se me presentaba Él mismo en el misterio, en que queria le considerase, y atraia tan fuertemente mi espíritu, teniendo en Él absortas mi alma y todas mis potencias, que no

sentia distraccion alguna, sino mi corazon consumido por el deseo de amarle, lo cual me producía una insaciable ansia de comulgar y sufrir. Pero no sabia cómo arreglarme; no tenia más tiempo que el de la noche, del cual tomaba cuanto me era posible; y aunque esta ocupacion me fuese más deliciosa de lo que pudiera expresar con mis palabras, no la tenia por oracion, y me sentia continuamente perseguida por el deseo de hacerla, prometiendo al Señor, que tan pronto como me enseñara, dedicaria á ella todo el tiempo disponible. Sin embargo, su bondad me retenia con tanta fuerza en la ocupacion dicha, que me disgustaron las oraciones vocales, las cuales no podia rezar delante del Santísimo Sacramento, donde me encontraba tan absorta, que jamás sentia cansancio. Hubiera pasado allí los dias enteros con sus noches sin beber, ni comer y sin saber lo que hacia, sino era consumirme en su presencia

como un cirio ardiente para devolverle amor por amor. No podía quedarme en el fondo de la iglesia, y por confusión que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento. No juzgaba felices, ni envidiaba, sino á las que podían comulgar con frecuencia, y tenían la libertad de poder quedarse ante el Señor sacramentado: bien es verdad, que allí empleaba muy mal mi tiempo, y creo que no hacía sino negarle el honor debido. Procuraba ganar la amistad de las personas, de quienes he hablado más arriba, á fin de obtener algunos momentos libres para dedicarlos al Santísimo.

Me sucedía, en castigo de mis pecados, no poder dormir las vísperas de Navidad, y como en alta voz decía el Párroco en su plática que no debían comulgar los que no habían dormido, sin hacerlo ántes (1), no pudiendo yo

(1) O se expresó mal el Párroco ó no le comprendió bien nuestra Margarita.

conseguirlo, no osaba recibir al Señor. Así, el día de regocijo era para mí de lágrimas, las cuales me servían de único alimento y placer.

¡Mas también fuí culpable de grandes delitos! Pues una vez en tiempo de Carnaval, estando con otras compañeras, me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida, así como también la falta, que cometía usando vanos adornos por el mismo motivo de complacer á las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumentos de su divina justicia, para vengarse de las injurias, que le hice pecando, aunque siendo personas virtuosas no creyesen obrar mal en nada de cuanto pasó en nuestra conducta, y pienso lo mismo, que no obraban mal, puesto que era Dios quien así lo quería, y yo no alimentaba hacia ellas ningún descontento.

Pero, ¡ay de mí! Señor mío, compa-

deceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusion, que me imprimís con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo á ejecutarlo. Sostenedme, Dios mio, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamás con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costarme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas, y armar contra mí todos los furores del infierno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdon de todas ellas y fuerzas para terminar lo que de mí deseais, no obstante la repugnancia, que me haga sentir el amor propio.



II

LUCHAS Y TRIUNFOS DE MARGARITA MARÍA
EN SU VOCACION